

Rèplica: Mitos y realidades en torno a la figura de Pere Bosch Gimpera

Francisco Gracia Alonso

En primer lugar, queremos agradecer a los responsables editoriales de *Revista d'Arqueologia de Ponent* en su número 22 (2012, pp. 244-249) tanto el hecho de haber dedicado seis páginas de su excelente revista a la reseña crítica de nuestro libro *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio* (2011), como el darnos ahora la oportunidad de rebatir y realizar matizaciones al texto del Dr. Emili Junyent, precisiones que no pretenden encadenar una polémica ni cuestionar la línea argumental de sus opiniones, sino reafirmarnos tanto en la forma como en el contenido de nuestro trabajo.

A lo largo de los últimos años hemos intentado aproximarnos a las múltiples facetas que conforman la figura de Bosch Gimpera en base a la recuperación y estudio de documentación inédita conservada en diversos archivos de España, Francia y México, disponiendo así de un corpus documental nuevo sobre el que poder construir un análisis riguroso de su actuación investigadora, académica y política. Ello resultaba estrictamente necesario por cuanto en torno a la figura de Bosch se había creado, a nuestro juicio, una visión historiográfica claramente derivada hacia la hagiográfica cuando se analizaba su actuación en todos los campos citados, producto más de los recuerdos de quienes tuvieron relación con él, y del impacto de la publicación de sus *Memorias* (1980) —una recopilación de textos publicada seis años después de su muerte a partir en gran medida de artículos que el propio Bosch había publicado anteriormente en la revista *Xaloc*, uno de los órganos de los exiliados catalanes en México y que esencialmente terminaba su relato en 1939— y de la denostada correspondencia con Rafael Olivar Bertrand (1978) en la que Bosch expresó sus opiniones sobre diversos temas durante el tramo final de su vida. No creemos que se deba entrar a valorar a estas alturas la importancia de los escritos personales y los epistolarios en el ámbito historiográfico, plenamente aceptada en el campo de la investigación de la historia de la ciencia, y de la que incluso el reseñador valora positivamente la edición crítica que de las cartas de Bosch a Pericot realizamos en 2003 junto a J. M^a. Fullola y F. Vilanova, pero es evidente que descalificar dicho acervo documental como fuente de información veraz es, cuando menos, ilógico.

Durante la última década hemos publicado diversos estudios específicos sobre Bosch, tratando aspectos como su relación con Raymond Lantier y la difusión de la ciencia arqueológica española en Francia (2011-2013); el exilio británico y su acción política junto a Carles Pi i Sunyer (2013); las relaciones con la arqueología italiana antes de 1936 (2012); la revisión de su figura como gestor universitario (2011); la vinculación con Joan Maragall (2010); su trayectoria en los CISPP tras la Guerra Civil (2009); la pugna con Juan Cabré por el control de las excavaciones en Calaceite —con J. M^a. Fullola— (2008); la gestión en la UNESCO (2007); la institucionalización de la arqueología en Cataluña —con Jordi Cortadella—

(2007) y la Escuela Arqueológica de Barcelona (2008 y 2003), además de su papel en el salvamento del patrimonio histórico y arqueológico catalán durante la Guerra Civil —con Gloria Munilla— (2011), por citar tan sólo algunos de los más relevantes, por lo que creemos haber realizado indudables aportaciones al conocimiento del personaje y su época. Como para poder analizarlo en la forma en que lo hacemos. La mayoría de los temas de los trabajos citados tienen voluntariamente una presencia reducida en la obra que nos compete por tratarse de aspectos tratados de forma exhaustiva en otras publicaciones, queriendo indicar con ello que, pese a las seiscientas páginas de extensión del libro no hemos pretendido realizar un trabajo aún más extenso repitiendo problemáticas o enfoques ya tratados.

El reseñador cuestiona nuestra forma de trabajar comparándola con el prólogo a la edición que Jordi Cortadella realizó en 2003 de la *Etnología de la Península Ibérica* para Urgoiti Editores. No es nuestra intención enfrentar ambas formas de llevar a cabo un estudio historiográfico que consideramos igualmente válidas. Hemos optado por revisar la figura de Bosch partiendo de lo que no se había hecho hasta el momento: emplear las fuentes documentales originales, administrativas, académicas y privadas para explicar e interpretar su trayectoria personal y profesional, por cuanto las aproximaciones a la obra de Bosch habían partido casi exclusivamente de fuentes secundarias, memorias de terceros y síntesis genéricas. Creemos que en este punto radica la importancia y novedad del trabajo: presentar los hechos a partir de documentos en los que el propio protagonista expone sus ideas, en muchos casos antes del tamiz que la propia publicación de dicho material por su autor lo adecúe a una realidad más aceptable, pudiéndose poner por ejemplo las diferencias existentes entre la forma en la que Bosch plantea en sus memorias las causas por las que no pudo obtener un puesto docente en el Reino Unido en 1940 y la realidad documental procedente de los archivos universitarios británicos. Que emplear las fuentes originales sin seguir lo que otros autores han escrito *de referencia* ni trabajar sobre opiniones previas sea calificado de solipismo es un derecho del reseñador, pero hemos preferido seguir una línea más clara y directa en la que todas las afirmaciones que se hacen —diríamos incluso que los juicios de valor que se nos achacan— disponen de un soporte documental textual y de referencia que otros trabajos no tienen. Por ello no hemos querido entrar a rebatir de forma continuada los contenidos de anteriores trabajos, y si hacemos —por ejemplo— únicamente una referencia a la visión *azucarada* que ha caracterizado repetidamente la explicación de la relación entre Bosch y el IEC es porque consideramos que carece de sentido desmontar una y otra vez determinadas interpretaciones. Baste decir, como ya explicamos extensamente, que las relaciones entre Bosch y sus iniciales mentores en el IEC, Puig i Cadafalch y Martorell i Trabal, se fueron degradando con el paso de los años hasta caer en las cuestiones personales —como explicó ya Pericot— y que la institución no acogió en su seno como miembro a Bosch hasta 1935 tras la muerte de Martorell i Trabal, y no

como numerario al ser desplazado por Ferran Valls i Taberner, sino como miembro adjunto de la Sección Histórico Arqueológica, un factor interesante desde la perspectiva de considerar que en dicha fecha Bosch no era sólo el rector de la Universidad de Barcelona —aunque destituido tras los *Fets d'Octubre* de 1934— y la figura científica de mayor prestigio internacional con que contaba Cataluña en aquel momento. Unas relaciones viciadas que, pese a que ello no agrade al reseñador, sí influyeron decisivamente en la gestación y desarrollo de la arqueología catalana durante el primer tercio del siglo pasado. En definitiva, hemos trabajado sobre documentos y datos antes que sobre interpretaciones, abriendo un camino nuevo y propio sin sumarnos a ideas y líneas de análisis anteriores.

El reseñador indica que no analizamos la obra escrita de Bosch y su importancia en el contexto de la arqueología europea. Y es cierto. Lo es porque ese no era el objetivo del trabajo. El subtítulo del libro es explícito en este sentido: “universidad, política, exilio”, no entra por tanto el apartado de investigación en cuanto a sus resultados, aunque sí estudiamos a fondo la problemática de la organización de la gestión de la investigación que Bosch desarrolló tanto en el ámbito nacional como internacional. No debe por tanto buscarse lo que no se ha querido incluir: el estudio pormenorizado de todas y cada una de las aportaciones científicas de Bosch, puesto que todas ellas —o al menos sus líneas esenciales— merecen ser el núcleo de un trabajo específico, cabiendo destacar el análisis de su concepción de la cultura ibérica que actualmente realizamos, y que muestra cómo las ideas iniciales presentadas por Bosch en su tesis doctoral en 1913 experimentaron escasas modificaciones tras las intervenciones en el Bajo Aragón (1915-1923), y se fosilizaron desde la publicación de la *Etnología de la península Ibérica* (1932) hasta las últimas obras de síntesis aparecidas en 1974-1975.

El reseñador considera que nuestro principal objetivo no es revisar la figura de Bosch partiendo de las fuentes originales y retirar el velo de la mitificación, sino desprestigiarla incidiendo en sus contradicciones y lo que él considera que calificamos incluso como traiciones. No es cierto. Nuestra visión se genera en función de los datos y no de forma apriorística, sin tener la obligación de preservar una figura que no negamos sea decisiva en el marco de la investigación y la organización académica en la Cataluña anterior a la guerra, sino de la que queremos establecer su justa y real participación en los hechos, sin asumir un determinado valor simbólico que por mucho que haya servido a diversas generaciones no tiene porque ser incuestionable. No podemos estar de acuerdo con afirmaciones como las que Junyent indica “per a l'investigador, la troballa d'una opinió desqualificadora, com més agressiva i insultant millor, es converteix en la millor recompensa i, el que és pitjor, en la seva clau interpretativa”, porque, simplemente, es falso. Aquilatar los hechos a la realidad documental no es un ataque personal, y valorar a la persona antes que al mito la forma correcta de realizar un estudio histórico. Aunque no sea del gusto del reseñador, es totalmente cierto que las dos oposiciones de Bosch a la cátedra de la Universidad de Barcelona se resol-

vieron más por influencias diversas que por la valía de los concursantes —entre los que Bosch era sin duda el más preparado— como hemos acreditado documentalmente en diversas fuentes y mediante los correspondientes expedientes conservados en el AGA, y que las intervenciones arqueológicas en el Bajo Aragón no fueron el resultado del proyecto de la “Catalunya Gran” de Prat de la Riba, sino de las relaciones establecidas con los grupos de estudiosos locales que propiciaron el conocimiento de la potencialidad arqueológica de la zona. Lo cual no implica que las ideas de Prat recogidas en *La nacionalitat catalana* (1905), no influyeran tanto en el desarrollo de la arqueología clásica en Catalunya —como analizamos en dos artículos este mismo año (2013)— como en las ideas de Bosch sobre el concepto de las superestructuras políticas aplicadas al ámbito de análisis de la prehistoria.

Veamos algunos ejemplos más. Junyent, tomando también como referencia nuestro artículo anterior “Pere Bosch Gimpera. Deconstruyendo un mito para establecerlo de nuevo” (2010), nos acusa de: afirmar que Bosch no creó el Servei d'Investigacions Arqueològiques del IEC, lo cual es totalmente cierto por cuanto la creación del SIA deriva de una propuesta realizada en 1914 por Lluís Maria Vidal y José María Cazorro que fue adoptada por Puig i Cadafalch y Martorell i Trabal como se comprueba en los libros de actas de la SHA, y no será sino a propuesta de Martorell que Bosch asuma su dirección en 1915; que sin los condicionantes políticos y personales podría haber hecho más de lo que hizo al frente del SIA, lo que de nuevo es cierto y ya habíamos explicado en diversas ocasiones (2003, 2007) puesto que Bosch se enfrentó desde 1916 con Puig y Martorell debido tanto al intervencionismo en los trabajos de campo, como al reiterado retraso en la entrega de los resultados de las excavaciones y, evidentemente, al hecho de que Bosch defendía planteamientos políticos menos radicales que los del IEC; que no obtuvo todo el provecho científico posible de las campañas de excavación que dirigió desde el SIA y en especial en el Bajo Aragón, lo que de nuevo es cierto por cuanto las memorias de las intervenciones no fueron nunca publicadas —Francisca Pallarés Salvador publicará el poblado de San Antonio de Calaceite en 1965— y, por ejemplo, los viajes de estudio a los conjuntos de pinturas rupestres de las provincias de Tarragona y Castellón no merecerán sino cortos trabajos en el Anuario del IEC pese a las reiteradas peticiones de Puig a lo largo de los años para que finalizase las tareas encomendadas. Teniendo en cuenta que Bosch no realizó nuevas intervenciones en la zona a partir de 1923, es lógico afirmar que dichos trabajos podían haberse editado hasta la reorganización del SIA durante la etapa de la Generalitat republicana.

Indica también el reseñador que negamos que Bosch llegase a estructurar una escuela arqueológica, una afirmación que consideramos cierta con matices, puesto que evidentemente Bosch sí consiguió reunir durante sus primeros años un reducido grupo de colaboradores —Pericot, Del Castillo y los hermanos Serra Ràfols en la Universidad además de Colominas en el SIA—, a quienes formó, pero no mantuvo la

misma tónica durante los años siguientes hasta el extremo que quien fue el último alumno directo de Bosch en Barcelona, Joan Maluquer de Motes, se licenció en 1937, existiendo un gran vacío entre ambas generaciones con tan sólo dos tesis dirigidas en veintitrés años. Es cierto también que incluso llegaron a desarrollar estudios conjuntos antes de la guerra, pero dicha escuela dejó de existir de forma efectiva al terminar la contienda, y aislado Pericot tras su duro proceso de depuración, la arqueología catalana, como hemos demostrado en el libro *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1962)* (2012), se vertebró a partir de 1939 en torno a la figura de Almagro Basch de quien fueron discípulos los integrantes de la generación de postguerra, especialmente Maluquer de Motes, Tarradell, Arribas, Ripoll y Palol, aunque todos se distanciaron de él tras consolidar sus respectivas situaciones académicas y, contando con la figura de Pericot que ejerció como puente, se vincularon ideológicamente a Bosch cultivando la idea del *mestre absent*. Pero los recuerdos no constituyen una Escuela desde una perspectiva científica. Siguiendo con las críticas, Junyent no ha entendido ni nuestras explicaciones de la vinculación de Bosch con la dictadura de Primo de Rivera, a quien reclamó el desarrollo de la autonomía universitaria, siendo Puig i Cadafalch quien le acusará de estar vinculado a ella —y no nosotros—, ni su participación en la gestación del Estatuto de Autonomía para la Universidad de Barcelona, aprobado en 1933 y al que nos hemos referido en estudios anteriores con J. M^a. Fullola y J. Casassas (2011, 2009, 2008) como el más importante proceso de renovación de la enseñanza superior en España durante la primera mitad del siglo xx, por lo que en ningún caso reprocharíamos a Bosch dicha actuación que, además, hemos podido aquilatar y presentar a partir de sus propios textos inéditos, sobre los que seguimos trabajando en la actualidad. Como tampoco atacamos a Bosch por una supuesta posición elitista respecto a la enseñanza universitaria, sino todo lo contrario puesto que siempre procuró reorganizar la estructura universitaria aplicando un modelo científico basado en sus experiencias personales y el conocimiento del sistema académico participativo anglosajón por oposición al nemotécnico francófono que primaba en la universidad española. Por último, tampoco descalificamos a Bosch por su posición política durante la guerra civil, sino que, por el contrario, consideramos que pese a sus ideas liberales y conservadoras se mantuvo fiel a la idea de lo que representaban la República y la Cataluña autónoma, participando como *conseller* de Justicia en el último gobierno de Companys cuando ya era evidente que la guerra no podía ganarse y lo que ello significaba en el terreno personal. Una posición que queda diáfana explicada en nuestro trabajo.

No alargaremos mucho más esta réplica, pero sí queremos analizar las críticas del reseñador al último capítulo de nuestro libro “El mito del resistente antifranquista (1970-1974)”, del que indica que nada de su contenido responde al título del mismo y no entendemos por qué afirma que el lector deba esperar encontrar en el mismo “narraciones fabulosas

contrapuestas a la vida real”. No comprendemos qué esperaba encontrar el reseñador en sus páginas. Creemos haber demostrado cómo durante el tardofranquismo tanto quienes se proclamaban sus discípulos sin haberlo sido en puridad, como los representantes de un catalanismo burgués que intentaba asumir paulatinamente cuotas de presencia en los medios de comunicación, rescataron en sus textos la figura de Bosch presentándole tanto como un referente en la investigación internacional —que ya había dejado de ser al menos por su obra escrita— como un intelectual desprovisto de motivaciones políticas cuando no enfrentado a las ideas izquierdistas en los congresos internacionales, una recuperación en la que la famosa entrevista de Baltasar Porcel en *Serra d’Or* constituyó una pieza clave. Bosch no defenderá nunca ideas que sobrepasasen hacia la izquierda lo liberal en lo social y el catalanismo federalista en lo político, por lo que no podía ser tomado como bandera más que por lo que fue: el referente exiliado de la universidad republicana frente a la franquista de finales de la década de los sesenta y principio de los setenta del siglo pasado, aquella en la que una generación de profesionales de la arqueología se formó oyendo explicar reiteradamente las bondades de una etapa pretérita escondiendo sus sombras para que tan sólo brillasen sus luces. Los homenajes que recibió en su momento se debieron más a lo que significó su figura que al ideario que pudiera transmitir, puesto que Bosch, indudablemente fiel a sus ideas, se distanció pronto en el exilio tanto de la acción política republicana a mediados de la década de los cuarenta, como de las reivindicaciones catalanistas, llegando a no creer en la restauración de la Generalitat a medio e incluso a largo plazo como demuestra su correspondencia con Josep Tarradellas. Toda sociedad necesita mitos —o referentes como quiera decirse— y Bosch lo fue en un período de la transición política en que se intentó enlazar la superación de la dictadura con la etapa republicana a partir de las figuras de algunos exiliados, pero recordemos que, desde el punto de vista político, y más allá de la reedición de algunos textos como su discurso *España* pronunciado en la Universidad de Valencia en 1937, su influencia ha sido muy relativa.

Se indica también que en nuestro epílogo adoptamos un tono “supuestamente desmitificador, a veces casi provocador” porque afirmamos que Bosch nunca “sobrepasa el estadio que corresponde a una figura secundaria en su actividad pública” y que “no pretendió ser más que un investigador y un universitario que luchaba por la renovación de un sistema obsoleto”. En nuestra opinión la segunda frase es el compendio de lo que debe ser un responsable universitario y a lo largo de nuestro trabajo dejamos muy claras las aportaciones que Bosch realiza en la construcción de un nuevo sistema docente superior desde los primeros escritos a raíz del II Congreso Universitario Catalán; respecto a la primera, aunque no guste a quienes indican que hacemos crítica de figuras sobre las que no debería tocarse su estatus de referencia, indicar que es plenamente cierto. Está siempre pero no pueden atribuírsele, como hacemos, más que planes ilusorios de reorganización del sistema político

español durante el exilio basados en un federalismo autonomista irrealizable que incluye en algunas de sus propuestas la fusión de España y Portugal; no mantiene una posición política combativa en pro de la restauración de la república y la autonomía de Catalunya continuada a lo largo de todo su exilio, no aúna fuerzas políticas ni se mantiene en primera línea de las reivindicaciones, y sí, se centra en su trabajo como intelectual e investigador, sin que ello sea un demérito, antes lo contrario, pero lo que no puede hacerse en un análisis serio es atribuir a las figuras estudiadas más aciertos y actos de los que en realidad tuvieron o realizaron.

Por último, no podemos estar de acuerdo con la afirmación que encabeza el escrito de Junyent: “En vista dels resultats, l'autor va prendre una molt bona decisió quan fa uns anys, previsiblement cansat, abandonà la seva dura polèmica amb Fernando Quesada

sobre la guerra ibèrica, l'armament i les qüestions poliorcètiques, per a dedicar-se preferentment a la recerca historiogràfica sobre l'arqueologia catalana i espanyola.” No sólo no hemos dejado de trabajar en el campo de la investigación sobre la problemática de la guerra en protohistoria peninsular sino que consideramos que las propuestas que realizamos en 2003 sobre la concepción de la guerra compleja y la asunción de la poliorcética en el campo de los estudios sobre la cultura ibérica, en las que nos reafirmamos, se han ido confirmando gracias a las aportaciones de autores y, en la actualidad, las visiones de la guerra “heroica” o de “guerrillas” han sido plenamente refutadas y permanecen tan sólo como un residuo obsoleto en el debate científico.

Francisco Gracia Alonso
 Universitat de Barcelona
 fgracia@ub.edu